

IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A. (coord.) (2013) *Educación, libertad y cuidado*. Madrid, Dykinson, S. L.

En la antigua Grecia, incluso, aquel ciudadano que se percibía diferente o singular era sometido al ostracismo. La individualidad es un valor reciente. Considerar que la originalidad mejora el conjunto de la sociedad, apreciar que una sociedad es mejor con Dalí, Falla o Cela que sin ellos es un reconocimiento tardío y nunca libre de sospecha. Porque la libertad se mueve entre espacios y líneas, con frecuencia delgados, que establecen unos límites dentro de los que se inscribe nuestra humanidad, la cual, una vez traspasados, nos aparta del colectivo. No obstante, paradójicamente, no hay desarrollo de libertad sin el cuidado, considerado en su sentido más profundo, no en el de mera custodia. Recordemos, con Rorty, que el proceso de socialización resulta necesario y previo al de individualización.

Desde los trabajos de Carol Gilligan y Nel Noddings, y de la ingente cantidad que ha venido detrás como consecuencia del impacto producido por la originaria idea de una «ética del cuidado», el planteamiento ético centrado exclusivamente en la idea de justicia parece no sostenerse. *Educación, libertad y cuidado*, obra coordinada por el profesor Ibáñez-Martín, se centra en la reflexión sobre el cuidado en su relación con la libertad, dentro del contexto educativo. No se abraza en ella acríticamente la ética del cuidado.

«Vivir sin conflicto es imposible; como pretensión, una estupidez», figura en uno de los «aforismos» (269) de Castilla del Pino. Distribuida en seis partes y dieciocho capítulos, cuenta con la colaboración de veintiún autores, de diez universidades y cuatro países diferentes. Como en toda obra similar, hay variedad suficiente para que cada lector con su propio criterio encuentre unas u otras preferencias. Pero, en cualquier caso, obras como ésta siempre suponen un aliento para continuar problematizando el sentido y alcance educativo de ese central problema humano.

El libro se inicia con un trabajo del reconocido profesor Slotte, buen conocedor de la obra de Gilligan, en el que intenta establecer una taxonomía comprensiva de las teorías éticas normativas a partir de los conocidos criterios de «separación» y de «conexión» con la comunidad. Esta Primera Parte de la obra se completa con una reivindicación de Guardini (Mari) y con una crítica al relativismo escéptico que imposibilita el diálogo y la genuina educación (Barrio).

En la Segunda Parte, el coordinador trata de clarificar en qué consiste el cuidado de la libertad intelectual del estudiante. En su intento por huir de ese mal que amenaza al hombre actual, el de dejarse llevar por lo «políticamente correcto», expresión mírese como se quiera del éxito despersonalizador, el profesor Ibáñez-Martín se distancia tanto de una política del silencio como de una actitud histórico-doxográfica. Christopher Day, en un análisis sagaz del contexto universitario presente, nos argumenta persuasivamente cómo podemos encontrar elementos para un cambio esperanzador

dentro de las denominadas «culturas del desarrollo del desempeño» que procuran hallar equilibrio entre la necesidad de rendir cuentas al exterior y las necesidades de desarrollo personal de docentes y estudiantes.

La Tercera Parte de la obra está destinada al análisis de la universidad como comunidad y se reclama el cuidado en ella. La formación de los estudiantes constituye un pilar de la propia institución de educación superior, pero no todo el mundo coincide en la relevancia que presenta la formación ética también en la universidad. Todos los autores reivindican esta importancia. Jover y Gozávez plantean la necesidad de repensar la universidad como entorno comunitario público. Martínez y Esteban vinculan la comunidad universitaria a la formación en cuestiones éticas y en virtudes. Las profesoras Naval y Ruiz Corbella abundan en la idea de responsabilidad social universitaria, como medio de cuidar la comunidad. La colaboración de García Amilburu, complementariamente, insiste en la urgencia de preservar la universidad ante los embates de la politización y el economicismo.

C. Naval y M. Pérez, en un lúcido trabajo, ya en la Cuarta Parte, defienden la posibilidad de armonizar, elaborando una concepción de respeto hacia la persona capaz de incorporar muchos elementos propios del enfoque de cuidado, las dos ideas de moralidad: justicia y cuidado. En el trabajo de mayor extensión, Touriñán desbroza con mesura y precisión por qué la relación educativa hay que comprenderla como un ejercicio de libertad comprometida y como una actividad responsable. Desde una concepción clásica de la Educación

Liberal, Ortigosa realiza una nueva crítica al relativismo, al constructivismo y al cientificismo contemporáneos.

Cuatro capítulos se dedican al estudio de la libertad y el cuidado en la familia, configurando la Quinta Parte; de diversa factura, pero con el mismo telón de fondo. Desde una pedagogía personalista (Corsi) o arraigada en la metafísica cristiana (López-Barajas) se proclama el retorno de la familia y la necesidad de su sostenimiento. Aurora Bernal critica las diversas corrientes actuales que fundamentan el cuidado paterno-filial desde un patrón funcionalista y reclama la pertinencia de la responsabilidad que escapa del círculo derechos-deberes-necesidades, como sólido fundamento de dicho cuidado. Reyero, finalmente, encuentra en la familia el ámbito idóneo para el autoconocimiento. Los vínculos generados por el amor y el tiempo son las raíces sobre las que se asienta dicha afirmación.

Se cierra la obra con dos trabajos que versan acerca de la vulnerabilidad humana. Bárcena discurre emotivamente sobre la discapacidad y la fragilidad de la filosofía, de la educación y de la propia vida humana, abriéndonos la conciencia hacia la contingencia y la incertidumbre, hacia el palpar de la existencia y sus posibilidades recursivas, cimbreando los cimientos del territorio de la «normalidad». Fernando Gil muestra claramente que es posible el cambio ético personal desde una pedagogía, con altura de miras, capaz de cuidar al preso.

El reto del cuidado, de ayudar a formar personas libres y responsables, admite múltiples caminos, muchos ig-

notos aún. Que el lector no espere encontrar en este libro solución definitiva a nada. En él se recorren lugares comunes y también apenas transitados, pero alberga una potencialidad sugeridora e inequívoca para combatir el miedo a la pregunta sobre la libertad y su cuidado. «Si el buzo siempre pensara en el tiburón, nunca alcanzaría las perlas», según el aforismo de Sa'di, que recoge Anthony C. Grailing en *El sentido de las cosas*. Resueltamente, recomendada su lectura para no escépticos. ¿O acaso también para ellos?

Antonio Bernal Guerrero